

24-5-2023

CONCURSO DE RELATOS

Anís

Piñanos

Anís

— «¿Quién se queja?» — Se oyó preguntar en un tono entre enfadado y autoritario.

La niña entonces se escondió entre las sábanas, temerosa de delatarse. Pasaron unos minutos expectantes, una eternidad para ella, y de nuevo se hizo el silencio. Bueno, sí a aquello se le podía llamar silencio, pues constantemente se oían las respiraciones profundas que venían de uno y otro lado, los ruidos de los muelles al darse la vuelta de forma más o menos violenta las niñas más revoltosas, las palabras sueltas dichas a media voz, que procedían de sueños inquietos, algunos escapes fisiológicos involuntarios... Ese dormitorio de 80 camas, el más grande de todo el internado, era un bosque de sonidos, inquietantes e intrigantes, que como los causados por el viento en las hojas de los árboles, en una noche sin luna, podía causar desasosiego y temor a los no iniciados en el medio.

Las internas sabían, sin razonarlo, que la mejor forma de sobreponerse a los posibles fantasmas era dormirse. Y lo lograban con facilidad, cansadas, como estaban, de unos horarios rígidos, de clases intensas, de horas de estudio en que lo más importante era hacer como que estudiaban, aunque estuvieran tejiendo sueños, de rezar en la capilla e incluso de ratos de recreo en los que corrían y jugaban hasta el agotamiento.

Pero la niña esa noche no podía dormir. Esperó un rato a que ese silencio ruidoso volviera a su monotonía y cuando calculó que la monja vigilante ya había abandonado la vigilia, dio de nuevo rienda suelta a su particular desahogo y comenzó a emitir esa queja tenue que tanto alivio le producía. La monja no estaba cerca de su cama, así que, con suerte, no la oiría. Su camarilla estaba en un extremo de la gran sala, mientras que la cama de la niña estaba hacia la mitad. Pero, ay, la tela que delimitaba el espacio de la «chunda», (como llamaban entre ellas a la camarilla), que simbólicamente separaba dos mundos, no aislaba el sonido de su run-run, la realidad se imponía. Y, al poco de recomenzar su queja, se oyó de nuevo la pregunta, seca y concreta.

— «¿Quién se queja?» — Esta vez la pregunta denotaba intriga.

Otra vez la niña tensionó todo su cuerpo y conjuro todas sus fuerzas mordiendo un poco las sábanas para evitar ser descubierta. Pobre niña dolorida, que temía quizá ser reñida o castigada por su dolor. No hubo contestación, así que, de nuevo, se reanudó el conocido y monótono rumor nocturno. Las demás internas navegaban ya por sus sueños, en los

Anís

que algunas tropezaban con fantasmas, y la mayoría gozaba de encuentros ficticios, de alegrías próximas y promesas cumplidas. Mientras ella, despierta aún, seguía luchando con su dolor.

El sentido del oído de la monja debía estar en buenas condiciones porque la tercera vez que se reanudaron esos rítmicos y tenues lamentos por parte de la pequeña, la pregunta no surgió del extremo donde se encontraba la camarilla sino de la mitad aproximada de la gran sala del dormitorio, en el pasillo, cerca de donde se encontraba su cama. La niña no la había oído acercarse, en parte porque estaba concentrada en su dolor, y en parte porque la monja, como buena vigilante, como lo eran la mayoría de las monjas, era experta en su oficio, sigilosa como un felino, de manera que no se detectaran sus movimientos, y con pupilas adaptadas a la oscuridad, para poder así descubrir conductas irregulares. No había escapatoria posible. Además, la pequeña doliente, en el fondo, quería delatarse, quería contestar, quería manifestar que era ella la que se quejaba, quería pedir ayuda, aunque su timidez y su miedo le impidieran hacerlo.

— «¿Quién se queja?» —preguntó de nuevo la monja, esta vez en un tono más de curiosidad y de verdadero interés.

— «Soy yo» — dijo con un hilito de voz la niña, incorporándose levemente.

La monja entonces se acercó a su cama,

— «¿Qué le pasa?» — preguntó en voz baja.

— «Que no me puedo dormir madre, me duele mucho la muela».

Y la monja no la riñó, ni por no haber contestado anteriormente, ni por sus quejas sofocadas, solamente dijo:

— «Ahora le traigo algo para que se le pase».

Ya solo esas palabras dichas en voz baja, sin excesiva ternura, pero con amabilidad, tuvieron un efecto relajante para la niña. No desapareció el dolor, pero dejó de necesitar quejarse a media voz. Había una pequeña esperanza, y eso era suficiente. Al poco tiempo volvió la monja con una medicina casera:

— «Póngase este algodón en la muela y muerda, que se le pasará el dolor».

Anís

Se trataba de un algodón impregnado en un líquido que, según parecía, adormecía el nervio de la muela. Al poco rato, la niña se durmió.

Hubo en adelante otras ocasiones en que el mismo remedio tuvo consecuencias similares. Hasta que llegaban las vacaciones y no había más remedio que visitar al dentista. Visitas en parte deseadas para eliminar los molestos dolores, aunque siempre temidas.

El bendito curativo líquido no era otro que el anís, (quizás estuviera bendecido, ¿por qué no?). Era empleado también para calmar otros dolores, como supo la niña cuando, ya adolescente, las molestias mensuales hacían su aparición y tenía que subir a la enfermería en busca de algún alivio. Con frecuencia se le ofrecía el mismo remedio.

Lo que no supo nunca es si el anís proporcionado provenía de las populares botellas que había en casi todas las casas de las familias, que no pudiendo hacer grandes dispendios, aquellos años difíciles en que nos tocó vivir, al menos contaban con esa pizca de alegría que aderezaba también la masa de las sabrosas rosquillas caseras de entonces y tan valoradas en la actualidad, con la vuelta a la repostería casera.

Pudiera ser que el líquido empleado proviniera de la infusión de anís estrellado, que muchos años más tarde, por consejo médico, empleó en sustitución del licor, con resultados parecidos. Pero los indicios parecen conducir al empleo del licor en directo, aquel que se comercializaba en las conocidas botellas de cristal blanco, que, una vez consumido el líquido que contenían, podían convertirse en un instrumento de música popular.